

Historia, Literatura y Filosofía Médicas

Real Academia de Medicina de Barcelona

MAGIA Y MEDICINA

Dr. A. CARDONER PLANAS

Académico C. de la Real de Medicina

La contemplación de la Naturaleza y de los fenómenos que en ella acontecen, ha inducido en todo tiempo al hombre a creer que eran determinados por fuerzas físicas o espirituales, aun aparte de toda consideración religiosa. La formulación de dichas fuerzas ha sido diferente en los diversos períodos de la Historia; así, antes del siglo XVII eran consideradas en el mismo plano de la realidad substancial que la materia, al paso que después del positivismo y mejor aún del pragmatismo de William James, las fuerzas fisico-químicas fueron relegadas a meras necesidades lógicas que formaban parte de teorías o hipótesis cuyo valor dependía de su fecundidad para suscitar nuevas experiencias; por lo que respecta a la participación de las fuerzas espirituales de orden natural en los fenómenos naturales, las opiniones se dividieron, y mientras unos la ignoraban, otros la confundían con el animismo, otros la rechazaban categóricamente y, en fin, otros les reconocían una trascendente importancia y constituían con ellas una especie de religión. La magia es fruto de la creencia en la metafísica dinámica que presupone un más allá de la realidad sensible pero en inmediata relación con la misma y de orden natural; podemos definirla como el conjunto de doctrinas y técnicas con las que el hombre ha querido solventar sus limitaciones, contando con la existencia de fuerzas naturales que no han sido reconocidas, por la ciencia positiva, ni aun en la forma de necesidades lógicas. Ya hemos hecho la salvedad de que únicamente hablamos de la magia que se ocupa de fuerzas naturales sin ninguna relación con la religión. No negamos que se ha pretendido establecer estas relaciones y narraremos cómo surgieron las prácticas de la magia negra, cuyos iniciados sostenían que podían realizar los fenómenos inexplicables (como si se tratara de milagros), manejando a los demonios, lo cual es incompatible con el cristianismo, que estima que tan sólo Dios puede permitir u ordenar que los demonios ejecuten algo. Por lo demás, la distinción entre hecho natural y milagro resulta establecida por Santo Tomás en: «Summa», «Pars prima», «Quaest», 110, art. 4, y «Quaest», III, art. 3 y «Contra gentiles», III, 101, 3, que puede consultar quien así lo desee.

Las relaciones de la magia con la medicina fueron reconocidas ya por Plinio, quien decía que la primera había nacido de la segunda, lo cual es debido a que tanto la salud como la enfermedad son meros estados naturales cuya aparición o sostenimiento han sido atribuídos siempre en primer lugar a cuerpos extraños y (cuando éstos no se encuentran) a fuerzas invisibles, como la «fuerza curatriz» de Hipócrates. Ciñéndonos a nuestro tema, existe una evidente continuidad entre los conceptos de cuestiones correspondientes a la magia moderna y las ideas antiguas a partir de las cuales se formó la medieval, que es la que alcanzó mayor originalidad. Estas ideas antiguas son los siguientes:

1. — La magia popular.
2. — La teoría geocéntrica de Ptolomeo.
3. — Los «spiritus» galénicos.

4. — El neoplatonismo alejandrino.
que expondremos a continuación:

1. — Creer que los objetos y seres de la Naturaleza se influyen por medio de fuerzas intrínsecas y oscuras es común a todos los pueblos primitivos, pero fué recogido por primera vez en un «corpus» sistematizado por Plinio, en el siglo I d. de J. C. En efecto, en el Cap. I del Libro XX de su «Historia Natural», dice:

Explicaré brevemente la paz y la guerra naturales, los odios y las enemistades de las cosas sordas e insensibles hechas todas para el hombre; maravilloso conjunto al que los griegos han denominado simpatía y en el cual vemos al agua apagar el fuego, el sol devorarla, la luna producirla y estos dos astros eclipsarse, mutuamente; en el cual se ve romperse el diamante por la influencia de la sangre del macho cabrío y otras maravillas. Toda la medicina popular recogida por Plinio en esta obra participa de estas ideas, que fueron reproducidas por los autores medievales al mismo tiempo que seguían formando parte del folklore médico.

2. — Un siglo después de Plinio, Ptolomeo hizo suya la teoría geocéntrica, de origen seguramente oriental, según la cual la Tierra se halla inmóvil en el centro del Universo, girando los astros a su alrededor e influyendo en todo lo que se halla en la misma.

3. — En el mismo siglo II d. de J. C., Galeno, perfeccionando una idea común a toda la antigüedad y más manifiesta en la escuela médica neumática romana acerca de la importancia del aire inspirado, dice que con éste penetra en el cuerpo un «neuma» que asimilado por el «neuma» innato se distribuye más tarde (pasando por los vasos) en tres clases de «spiritus», los «spiritus» animales residentes en el cerebro, los «spiritus» vitales que se alojan en el corazón y los «spiritus» naturales que corresponden al hígado. La palabra «spiritus» empleada por Galeno para designar algo material, era usada también en el sentido de substancia invisible y de ser sobrenatural, lo cual indirectamente fué causa de errores, persecuciones y sufrimientos innumerables en los siglos siguientes, especialmente durante el XVI en Alemania.

4. — Entre los siglos III y VII d. de J. C., estos tres órdenes de ideas, o sea: simpatías entre las cosas, teoría geocéntrica y «spiritus» galénicos, se funden en Alejandría entre sí y con el cristianismo, el judaísmo, la mitología romana y el neoplatonismo de Plotino y sus discípulos, para los últimos de los cuales un Dios único daba lugar por emanaciones sucesivas a un alma del mundo o «demiurgo»; éste a los astros o dioses visibles, éstos a los demonios, y éstos a los cuerpos terrestres vivos e inorgánicos. Los demonios serían los mediadores entre los seres terrenales y los dioses, y existiría una doble corriente de almas desde el «demiurgo» a la Tierra y viceversa, pudiendo facilitarse el retorno de las almas al seno del «demiurgo» mediante sacrificios, éxtasis, ritos y sueños.

A través de los árabes que conquistaron Alejandría, las mencionadas ideas pasaron a los demás pueblos con los cuales aquellos se pusieron en contacto, y la medicina estuvo mediatizada por las mismas por espacio de los siete u ocho siglos que duró la Edad Media. Exponiendo la evolución de dichos conceptos durante este período histórico, tendremos una visión del ambiente en que vivían los medievales dedicados al estudio de la ciencia natural.

1. — La «simpatía» de que nos hablaba Plinio y las acciones e influencias que resultarían de la existencia de unas «fuerzas ocultas» domina en la parte natural de la ciencia medieval hasta el siglo XII. La interpretación probablemente más exacta de lo que suponían que era la «fuerza oculta» es la que da Arnaldo de Vilanova de la «propietas» en su «Speculum introductionem medicinalium», capítulo VIII, donde dice que es algo con lo cual no puede contar la razón, pues se halla por casualidad o por revelación (lo que hace que el vulgo pueda darse cuenta antes que el docto) y que depende de la mezcla de los elementos y de la forma específica (expresión que más adelante veremos lo que significa). La escolástica aceptó a partir del siglo XII y de las primeras traducciones de la ciencia árabe, que las propiedades ocultas de las cosas son debidos a los astros. La fe en

estas fuerzas ocultas hizo que al lado de la terapéutica podríamos decir positivista (fundada en las cuatro cualidades galénicas), se usaran como si fueran amuletos o talismanes, hierbas, metales y piedras (preciosas o no), anillos con figuras, el cuerno del rinoceronte, la piedra bezoar, etc., cuyas propiedades procedían de los astros. Lo notable es que esta terapéutica fundada en poderes inefables, representaba entonces, por surgir de traducciones, la etapa más avanzada de la medicina y recibió el apellido de ciencia experimental, por fundarse en supuestas observaciones y experimentos.

2. — A partir del siglo XII y gracias a las traducciones de la ciencia árabe, prepondera en la cultura medieval (como ya hemos dicho) la creencia en la influencia estelar. La teoría geocéntrica de Ptolomeo conduce durante estos tiempos, y aun todo el Renacimiento, a pensar que los astros condicionan y modifican las mezclas de los elementos sublunares y por lo tanto todos los objetos y seres que se encuentran en la Tierra. Esta influencia se ejercería especialmente, según Ptolomeo, sobre los fenómenos atmosféricos y la generación, pero los árabes creyeron que según las posiciones relativas de los planetas en el firmamento en un momento dado (constelación), podía obtenerse además una visión anticipada de las consecuencias de todo acto humano iniciado en el momento de la observación. De aquí nació la «astrología judiciaria» que predecía el destino o futuro mediante la obtención de «horóscopos», procedimiento que los medievales creían compatible con el libre albedrío y la mudable fortuna. Los astros actuaban alterando la «forma específica» de los objetos, lo cual era explicado por la teoría de la «multiplicación de las especies» o «radiación de la fuerza», de Roger Bacon; según esta teoría, el agente enviaba en todos sentidos y por efectos sucesivos, «especies» de sí mismo que afectaban al objeto influido; Bacon ilustraba dicha doctrina con figuras de líneas piramidales parecidas a las representaciones de los rayos de luz que llegan al ojo, lo cual le ha dado una fama de estar orientado experimentalmente que la revisión moderna de su obra ha hecho creer injustificada. Sea como sea, lo cierto es que, además de lo que decía Ptolomeo, los medievales aceptaban que los astros determinaban la aparición de epidemias, que comunicaban sus características a la orina de acuerdo con la naturaleza de cada enfermedad, y que preñaban el momento oportuno para empezar los primitivos tratamientos entonces en uso, especialmente la sangría y la purga. Pensaban también que esta influencia de los astros era más eficiente durante el sueño, pues siendo el hombre (como decía Alberto Magno) un «microcosmos» o «imagen del Universo» («imago mundi» lo llama), esta imagen debía formarse con mayor facilidad durante el sueño por no estar distraída la imaginación por ningún otro asunto.

3. — En la Alta Edad Media se admitía una fascinación o influencia de un individuo sobre otro por magia natural de la que más tarde se dijo existirían dos variedades: por la mirada y por la palabra; la primera, especialmente defendida por Avicena, creía que era debida a los «spiritus» del fascinador que salían por sus ojos, mientras que la segunda era atribuida a los astros. En los últimos siglos del medioevo científico (el XV y el XVI) se reunieron ambas opiniones y se aceptó que el influjo de los astros prepara el aire para que los «spiritus» del influente afecten al que sufre la fascinación, o sea para que la mente proyectándose fuera del cuerpo modifique en sentido favorable, o con más frecuencia desfavorable (maleficio), a otra persona.

4. — Finalmente, y como compensación del miedo a todas estas fuerzas que influían sobre ellos, algunos medievales adoptaban actitudes semejantes al neoplatonismo y creían en el poder del arrobamiento o éxtasis para evocar muertos, invocar y movilizar demonios por medio de frases, figuras o naipes, librar supuestos poseídos de sus malos espíritus o conjurar las nieblas, las plagas de insectos y las enfermedades. Esta confianza en la posibilidad humana de manejar a fuerzas espirituales estaba fomentada por el concepto medieval de los «spiritus» heredado de Galeno y los árabes, y que (como hemos anotado antes) tanto era corporal como espiritual. Entre los árabes, Costa ban Luca escribió un libro para demostrar que no era alma ni cuerpo, y entre los occidentales nuestro Arnaldo de Vilanova dice «spiritus est vapor subtilis», lo que según nuestro entender es al

mismo tiempo una buena formulación del concepto medieval del «spiritus» y un paso hacia las materializaciones del moderno espiritismo.

Las ideas correspondientes a los tres primeros apartados, esto es: las fuerzas ocultas en los objetos naturales, la influencia de los astros y la corporeidad de los «spiritus» en el sentido galénico, fueron unánimemente admitidas durante la Edad Media (y aun algunas de ellas mucho más tarde, pues, por ejemplo, existía una enseñanza de astrología incluida en las «Matemáticas» en Salamanca, todavía a comienzos del siglo XVIII, en que la desempeñó el estrafalario don Diego de Torres Villarroel). No ocurrió lo mismo con las derivaciones del neoplatonismo, cuya fe en el poder del hombre sobre los demonios y cuyas tendencias panteístas chocaron desde su aparición con las Facultades de Teología.

* * *

Si bien se ha convenido en considerar terminada la Edad Media en 1453, para las ciencias naturales y físico-químicas en realidad llega hasta el siglo XVII, en que Descartes, Galileo, Kepler, Newton y Boyle arrinconaron las supuestas influencias mutuas y astrológicas que habían originado la magia medieval; en can-cambio, en medicina perdura la creencia en fuerzas ocultas naturales casi hasta la actualidad. Con el Renacimiento se acentuó la tendencia naturalista que principalmente en los países germánicos se tradujo en un aumento de las formas populares de la magia (hechicería y brujería).

En el siglo XVI la obra de Paracelso es todavía una mezcla de magia natural, alquimia y algunas intuiciones geniales como la de las autointoxicaciones y la de las enfermedades profesionales. De paso debemos reclamar para un compatriota nuestro: el alquimista Juan de Rocatallada, el haber dicho antes que Paracelso que la causa de la acción de las diversas sustancias medicinales era un principio activo que poseerían, al que Rocatallada llamó «quinta esencia» y Paracelso, dos siglos más tarde, «arqueo». En el siglo XVII Van Helmont sigue en la creencia en un principio o fuerza que sostiene la vida, semejante al «arqueo» paracelsiano y a la «quinta esencia» del alquimista catalán; según Van Helmont, este principio vital funciona defectuosamente cuando el individuo peca y entonces se produce la enfermedad, lo cual se halla a un paso de la moderna teosofía.

En el siglo XVIII, y con el nombre de «ánima», Stahl resucita algo que constituye el jalón intermedio entre la «quinta esencia» de Rocatallada o el «arqueo» de Paracelso y la «fuerza vital» que invocará la escuela de Montpellier. Asimismo, Hoffmann (a pesar de sus conocimientos en química) creía de un modo perfectamente medieval en enfermedades originadas por los astros, por los demonios y por hechicería. Dentro de este mismo siglo, Mesmer, pretendiendo utilizar la fuerza natural del supuesto magnetismo animal y resucitando en la práctica la antigua fascinación, introdujo procedimientos que deben ser incluidos en el capítulo del hipnotismo, del que nos ocuparemos más adelante, o quizás en el de las simples supercherías a que tan aficionados fueron otros aventureros de este siglo, como el veneciano Jacobo Casanova o el José Balsamo, que se hizo llamar Conde de Cagliostro.

La representación más sencilla y genuina de la magia médica en la primera mitad del siglo XIX es el «vitalismo», que recibió un golpe de muerte cuando el desarrollo de la bacteriología permitió identificar el «cuerpo extraño» causante de muchas dolencias.

Desde la segunda mitad del siglo XIX y como reacción contra el materialismo tomaron nuevo incremento las representaciones de la magia natural (en el sentido empleado por Plinio), la influencia estelar, la de los «spiritus» (usando esta palabra en el sentido galénico) y la del misticismo neoplatónico.

I. — La primera comprende muchas de las prácticas terapéuticas populares y de los curanderos (que además obran por autosugestión) y lo que se ha denominado ocultismo o sea el conjunto de cosas extrañas e inexplicables por ahora, pero para las que es posible presumir que pronto se hallará una explicación suficiente; p. ej.; los presentimientos y la telepatía o comunicación a distancia o doble

vista. Por otra parte, en el ejercicio de la medicina (como en todo género de actividades), hay personas que inspiran confianza y otras que no la inspiran; es innegable que las primeras ejercen con su sola presencia cierta influencia moral sobre los que tratan con ellas; de la misma manera que en cuanto al enfermo, el médico es beneficiario a veces de una fe ciega, al paso que en otras tiene que luchar contra un receloso escepticismo. Es este un asunto que escapa a los límites de esta disertación para entrar en los de la psicología médica.

2. — La doctrina de la influencia de los astros en su forma medieval tiene todavía sus adeptos populares especialmente en los países anglosajones y germánicos. Pero en el mismo terreno científico, el descubrimiento de los rayos cósmicos que procediendo del universo bombardean continuamente la tierra, viene a recordarnos que los antiguos afirmaron ya la existencia de agentes naturales extraterrenales que influían en los objetos y seres terrestres. Esto podía ser una simple casualidad, pero da la casualidad también de que tuvieron la intuición de la unidad de la materia, de que la materia está siempre formada por átomos y de la posibilidad de la transmutación de unos cuerpos en otros. Ciertamente, nos parecen muchas casualidades para ser tales; mejor creemos que la sutileza del antiguo pensamiento humano (aun sin medios materiales de comprobación), pudo prever lo que no ha sido posible demostrar hasta hace diez o quince años.

3. — La modalidad moderna de la fascinación fué (como hemos dicho al ocuparnos del siglo XVIII en primer lugar el magnetismo de Mesmer y más tarde el mal llamado hipnotismo, el cual fué atribuído a poderes especiales del hipnotizador en lugar de achacarlo a hiperemotividad del hipnotizado. La demostración la halló sin pretenderlo James Braid al encontrar que era posible provocar el estado hipnótico sin hipnotizador, fatigando la atención del que se quería hipnotizar obligándole a mirar fijamente un objeto brillante e inmóvil, al mismo tiempo que se le aseguraba que de esta suerte quedaría hipnotizado. Confirmó que el hipnotismo dependía más de factores internos que externos, el hecho de que Eisdale (un cirujano escocés que había efectuado en la India más de doscientas intervenciones quirúrgicas sin anestesia y sin dolor en sujetos hipnotizados), al querer realizar lo mismo en su patria se encontró con que el menos impresionable europeo sufría durante el pretendido sueño hipnótico los dolores que corresponden a todo acto quirúrgico.

4. — La creencia neoplatónica en la doble corriente de almas desde el seno del «demiurgo» a la tierra y viceversa y la afición medieval a la evocación de los muertos, tienen su moderna representación en el espiritismo, ejemplo de la confusión de alma y «spiritus». Según aquél, el espíritu de ciertas personas («mediums») está tan flojamente unido al cuerpo que puede ausentarse a voluntad del mismo; ya en dicho estado (semejante al éxtasis de los neoplatónicos), puede llamar o evocar los espíritus de los muertos, los cuales acudirían a la tierra y podrían adoptar formas sensibles (los ectoplasmas), así como provocar efectos materiales (golpes, escritos, etc.). Esta simple enunciación ya nos dice que si el espiritismo no se refiriera a almas sino a los «spiritus» corporales en el sentido galénico, no estaría vacío de sentido en la antigüedad. Asimismo deriva del neoplatonismo la teosofía que admite la eficacia de los éxtasis y del arrobamiento místico para un mejor conocimiento y unión con Dios por concentración espiritual; a su vez esta concentración espiritual tendría la virtualidad de alejar las enfermedades, puesto que éstas no forman parte integrante ni de Dios ni del hombre si no que deben ser consideradas como factores agregados a este último.

Entran en el capítulo aparte del ilusionismo o prestidigitación otras prácticas que no pueden incluirse en la magia propiamente dicha. Nos referimos a los procedimientos de exploración o de tratamiento empleados con el exclusivo objeto de deslumbrar al enfermo o sus familiares, tales como el hacer aplicaciones eléctricas con aparatos que no tienen nada que ver con la electricidad o la obtención de materiales para exámenes de laboratorio que nunca serán realizados.

Resumiendo lo que llevamos expuesto, esta rápida visión de las relaciones entre la magia y la medicina nos dice en primer lugar que en el mundo y teóri-

camente se dan pocas cosas totalmente nuevas pues la mayoría habían sido anunciadas con anterioridad por las especulaciones de alguna fértil imaginación. Todo el mundo sabe que así ha ocurrido con la teoría atómica de Demócrito, con el sueño de los alquimistas (o sea la transmutación) y con las influencias cósmicas, aunque no concuerden con entera exactitud las ideas modernas con las antiguas en relación con estas cuestiones. Pero incluso en asunto aparentemente tan poco sujetos a la voluntad humana como el determinismo de los fenómenos metereológicos, han acabado por hacerse realidad las pretensiones de los astrólogos, si bien con medios que nada tienen que ver con los astrolabios y los conjuros empleados por aquellos; en efecto, recientemente en Australia y los Estados Unidos se ha conseguido provocar la lluvia o la nieve, bombardeando nubes desde un avión con comprimidos de nieve carbónica (o sea anhídrido carbónico solidificado) que actúan de detonador.

En segundo lugar creemos que para comprender el pensamiento antiguo y medieval, así como algunas cosas que derivando de los mismos han llegado hasta nuestros días, hubiera sido conveniente no olvidar que «spiritus» no es sinónimo únicamente de alma, sino que se hizo servir para expresar ésta y a la vez, los gases (en sentido físico) y los entes invisibles.